

que no deja abrigar sospecha alguna de cuales sean las excelencias estéticas del Salvador sobre todos los seres racionales. Es verdad que puede conciliarse perfectamente un alma pura en un cuerpo menos bello, y hasta en un cuerpo deforme; pero esta regla no pudo tener lugar en Jesucristo que tocó los límites de la perfección en sumo grado.

18. La tradición, de acuerdo con el arte cristiano, iniciaron en el siglo II la famosa controversia respecto á la belleza ó fealdad del Salvador, dividiéndose los autores, mas inclinándose la inmensa mayoría de los mismos á favor de la belleza. Debido sin duda al horror que inspiraba á los primeros fieles la idolatría, y llevados también del secreto de los misterios, se abstuvieron de pintar ó modelar desde un principio, cual hubiera convenido, la peregrina imagen del Hombre Dios; pero, pasados los primeros fervores, comienzan los santos Padres y los artistas á ocuparse de un asunto tan digno y consolador. Respetaré siempre la opinión de los que aseguraron que N. Señor, deseando ajustarse en todo á la humillación de que vino revestido al mundo, tomó formas, no sólo vulgares, sino feas; es esta una opinión cuya fuerza sólo se apoya en razones de congruencia. Sin embargo, Orígenes dice textualmente, que «la expresión del rostro de Cristo era noble y celestial (1).» S. Jerónimo añade que «el esplendor y la majestad de la divinidad, ocultos bajo la cubierta de su carne, se irradiaban en su humano rostro, dándole un encanto que atraía y subyugaba á todos los que tenían la dicha de contemplarlo (2).» Y S. Gregorio de Nisa, S. Ambrosio, el Crisóstomo, S. Agustín y otros, enseñan que «el Salvador encantaba por los rasgos de su rostro, cuanto arrastraba por la fuerza de su palabra (3).»

Los mismos artistas primitivos, por más que reprodujeron el tipo exterior del Salvador de varias formas, empero todas ellas, á excepción de la del Buen Pastor, pueden

(1) Contra Celso, VI.

(2) In Math. I, 9.

(3) Véase Molan. Hist. SS. imag., pág. 403 y sig.

reducirse á dos capitales. Por la primera representan al Señor imberbe, sentado entre sus discípulos, ó entre los doctores de la ley. En este caso aparece Jesús como joven, de ojos tiernos y expresión animada y embelesadora. Lleva poblada la cabeza con abundante y rizado cabello, y va vestido de una blanca túnica adornada con dos bandas de púrpura colocadas verticalmente por delante. Sus pies están descalzos: tal es el importante fresco del cementerio de Sta. Inés (1). De la segunda forma aparece regularmente de pie, con ojos salientes y rasgados, frente espaciosa, cubierta algún tanto por cabellos ondulados que, divididos en lo alto de la frente, cuelgan hasta poco más abajo de los hombros, estando rizados en los extremos. Lleva barba suficientemente poblada, con lo cual el rostro ofrece un aspecto entre grave y dulcemente melancólico. Va vestido de la blanca túnica, y envuelto con un manto también blanco. Lleva sandalias en los pies: tal es un retrato en marfil del Vaticano (2).

Las demás representaciones milagrosas, no desaprobadas, del Salvador convienen en casi todos sus detalles con los expresados, pero dan aún al rostro del Hombre Dios una expresión más viva, dulce y encantadora, cautivando su rara belleza. Podemos concluir, por consiguiente, que la hermosura de Jesucristo es una hermosura peregrina que por sus dotes perfectas no sólo atraía simplemente las miradas, sino que fascinaba las muchedumbres.

19. Mas, si Jesucristo es hermosísimo en su Persona Divina, también lo es en todas sus obras, principalmente en una que es su mayor sello. De ésta dice el profeta Zacarías (3): ¿Cuál es el bien de Él y cuál su hermosura sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes? Ved aquí, pues, á la santa Eucaristía, constituida según el sagrado texto en hermosura de Jesucristo, y ved también cómo Jesucristo se manifiesta hermosísimo en la Eucaristía

(1) Bosio. Roma sot., pag. 453.

(2) Martigny—art. Jesucristo, III.

(3) Zach. IX, 17.

santa. Nos era necesaria absolutamente la contemplación de la belleza del Salvador para ser llevados á Él; mas he ahí que no podíamos contemplar esta hermosura sino por medio del Misterio de los altares, porque á no ser por Él, escapado Jesucristo á nuestras cortas miradas, no podíamos contemplar su belleza desde este valle de miserias. Cifra perfectísima, geroglífico ingenioso, suma estética, compendio divino: la Santa Eucaristía, en la que se contiene Jesucristo realmente con sus dones, con sus atributos, con sus perfecciones, nos muestra la gracia del Salvador con todos sus coloridos, para que nosotros, aficionándonos á Ella, nos deleitemos en Jesucristo y no permitamos separarnos de su grata compañía.

«Esta presencia real de lo *Bello* en el Catolicismo, ha dicho un eminente autor moderno (1), es una fuente de poesía, de luz y de santidad. Porque por su gracia, sus efectos en nosotros son tan reales como su presencia. Quien conoce la poesía, quien ha sentido indecibles dulzuras en las emociones de la naturaleza y del arte, la reconoce en la ambrosía del amor divino que se llama unción y que el alma unida á lo Bello eucarístico saborea en el misterio de su comunión... Tan sólo diré lo que reluce, lo que resplandece en las facciones, en la actitud, en la mirada, en las palabras, en todos los movimientos y actos del alma al salir de este *Banquete* con lo bello infinito: es la santidad del Bien, el esplendor de lo Verdadero, es el encanto de lo Bello, es la trinidad de las gracias celestes en la unidad del amor divino; es la Eucaristía, en una palabra, que irradia y se extiende sobre cuanto la rodea; que embellece, que poetiza todas las cosas, aún las más vulgares y viles sin necesitar á su vez de ser poetizada; que se basta plenamente; por mejor decir; que obra en razón del desprendimiento de todas las cosas creadas ¡tan real, sobrenatural y divino es su fondo!»

20. No me doy por victorioso con la descripción y reflexiones que os acabo de hacer respecto del asunto que

(1) Augusto Nicolás, tomo IV, pag. 375.

nos ocupa. Lo que no pudo crear la inspirada mente de los Santos Padres de la Iglesia; lo que no pudo recabar la pluma de oro de los doctores católicos; lo que no pudo perfeccionar la lengua santificada de los grandes pregoneros de la Religión Católica ¿podré yo triste mortal que no he hecho más que recoger las migajas que aquellos doctos y celosos varones dejaron caer? Empero me alienta mi buen deseo de haberos presentado al Rey inmortal de los siglos sacramentado, en su eminente hermosura como Dios y en su belleza excelentísima como hombre; haciéndoos ver por detrás de las radiantes celosías de la fe las íntimas relaciones existentes entre Jesucristo Sacramentado y el Padre y el Santo Espíritu; haciéndoos notar las excelencias supremas del alma de Jesucristo Sacramentado, sus elevadas potencias, sus magníficas dotes, sus divinos dones, sus incomparables virtudes, su infinito mérito, su satisfacción copiosa; haciéndoos, finalmente, admirar la gracia de su santo Cuerpo y sus excepcionales atractivos. ¿Qué más podré yo desear? Las deficiencias que en esta borrosa pintura notéis, atribuídlas á mis cortas luces; pero yo os pido con todas las fuerzas de mi alma que me dispenséis un favor, y es que penséis de Jesús Sacramentado todo lo más alto, lo más perfecto, lo más sublime que podáis imaginar, y que después de habérselo imaginado tan inefablemente bello, digáis para vuestro corazón: Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso.

Ahora sólo me resta estimularos á que os prendáis de la belleza del Sacramento Santísimo. Si Jesucristo exhibe su divina hermosura en este Sacramento Altísimo, ¿no os aficionareis á Él? Si os enamora la exacta fotografía de una persona graciosa, á quien quizá el mundo en su incalificable vanidad haya celebrado su apoteosis, ¿no os aprisionaría más fuertemente la propia persona? Pues he aquí al Sacramento admirable de nuestros altares constituido en fotografía perfecta de la hermosura de Jesucristo. ¿No os aprisionará? Y si yo añadiera que tras los místicos velos de este Sacramento reside la misma sublime Persona de Jesucristo, ¿no os arrastrará la curiosidad á separar con la fe dichos

místicos velos para contemplar las excelencias del Salvador? Los trajes de la hermosa Judit cautivaron de tal modo al general Holofernes que éste prendió fuertemente su corazón en el corazón de aquella providencial heroína. Pues he ahí á la Divina Eucaristía constituida en vestidura exterior de la hermosísima Persona de Jesucristo. ¿No os cautivará? y despues que Ella os haya cautivado ¿no prenderéis vuestro corazón en el Divino Corazón de Jesús? Sí; prendedlo, y una de sus abrasadoras llamas consuma las imperfecciones del vuestro para que seáis santos.

Dulcísimo Señor, prisionero secular en el Sacramento de los tabernáculos sagrados; nuestros ojos se dejan llevar desgraciadamente de las hermosuras terrenas, falaces, quizá de muerte; haced, pues, que los volvamos sólo á Vos Sacramentado, para que estén día y noche contemplando vuestra rica hermosura en el suelo á fin de que la contemplen más tarde sin celajes en el cielo. Amén.



## DISCURSO X

*Una noche al calor de Jesucristo Sacramentado.*

*Belleza y conveniencias de la Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento del Altar.*

*In noctibus extollite manus vestras in sancta, et benedicite Dominum.*

Por las noches, tended vuestras manos hacia el santuario, y bendecid al Señor.

Ps. CXXXIII, 2.

1. Es una ley constante, demostrada por la eterna Verdad y evidenciada por la experiencia de todos los siglos, que existe oposición fortísima entre Dios y Belial, entre Cristo y Belcebú; y, asimismo, por participación directa, entre los hijos de la luz y los de las tinieblas, entre los buenos y los malos cristianos. ¿No os habéis fijado alguna vez en las obras de ambos? ¿No habéis formado exacto paralelo entre las virtudes de los primeros y los vicios de los segundos? La noche, esa ave mensajera que en sus negras alas lleva la triste obscuridad, el sepulcral silencio y la temporal quietud para envolver en sus marcadas sombras á la creación entera, es la favorable ocasión de que los mundanos se sirven para satisfacer sus pasiones, y la coyuntura propicia á favor de los buenos cristianos para cumplir con sus respectivos deberes.

Trasladaos por la noche á una de las calles más céntricas